

cación que para el inglés o el francés tiene la tradición no es algo tan extraño como la grasa de foca o los canguros.

Mientras el gran fermento novelesco europeo es la rebelión solitaria del individuo contra la tradición, la novela americana se debate buscando las fronteras que separan nuestra realidad humana de nuestra realidad exterior y circunstante, para conocer equitativamente la una y la otra, con la relación terminante que las une. La novela americana carece de la noción exacta de una realidad ya hecha. La mejor alusión que el novelista francés haga a su realidad es suficiente. Los hispanoamericanos vivimos sobre una realidad y sobre una historia flúidas. En estado *nacens*, como diría un escolástico.

Acaso, el innegable malestar que distingue nuestra novela provenga de esa desazón de no poder apresar intelectualmente la realidad. A ello se debe, igualmente, el parecido de nuestra novela con la rusa y, tal vez, el conocido fenómeno de nuestra literatura se componga en su mayor y mejor parte, de poetas y novelistas, lo que corresponde a una tentativa de penetración de la realidad y de la intuición y no por la razón. Esta observación se fortalece si constatamos que el ensayo ha florecido más, mientras menos típicamente americanos son los países; más en Buenos Aires que en México y más en Chile que en Venezuela.

Correspondiendo la realidad americana a ese concepto de fluidez y de transición que ya hemos señalado, es lógico que las facilidades para encajarse en lo anecdótico sean menores en el gran novelista americano que en el gran novelista europeo. Esta calidad totalitaria de la circunstancia lo lleva a considerar el problema en todas sus proyecciones y especialmente en aquella que con más naturalidad puede asumir el dramático y rico papel del destino: la cuestión social. Con mayor o menor intensidad la cuestión social está de manifiesto en todas las grandes novelas americanas. Vaga en la etapa que han llamado algunos críticos *nativista*, se afirma en las grandes manifestaciones del arte criollista (acaso sea "Don Segundo Sombra" la gran novela americana más desprovista de preocupación social), para llegar a hipertrofiarse, muchas veces con detrimento de la calidad estética, en la literatura *indigenista* de los países andinos, donde la simple asimilación del indio es uno de los más tremendos problemas.

Por este extremo vamos tocando otra característica a la que ya hemos aludido, la tendencia a lo trágico. El clima trágico en que florece la novela americana es una mezcla de la hereditaria predilección española por la muerte y la presencia avasalladora de una naturaleza excesiva. Casi todas las novelas hispanoamericanas son, en cierto modo, una transcripción del mito de la impotencia humana. Pero el elemento trágico ya no es el tiempo, como en la tragedia clásica, sino el es-

pacio, o, mejor dicho, la presencia de la condición humana ante una dimensión flúida, donde se confunden espacio y tiempo.

Considerada desde cualquier ángulo, la novela hispanoamericana es la manifestación más rica y poderosa del nacimiento de un espíritu continental. Este es, precisamente, su aspecto más prometedor y hondo. La existencia de una vida peculiar que soporta tan magníficamente la transmutación artística, es el mejor augurio del destino espiritual del Continente. La afirmación de nuestra novela no tiene otro sentido más trascendental que el de esta nota enriquecedora y apasionante que ha venido a añadir al turbio proceso cultural de un mundo tan lleno de destino.

Estamos en un momento matinal, en los primeros estadios de una manifestación de la inteligencia, por medio de la que la América Hispana se incorpora, por primera vez de manera efectiva, a la vida creadora del espíritu: la novela hispanoamericana. Nadie puede precisar con exactitud cuál será su ulterior evolución; pero, en todo caso, no podrá ser distinta, ni independiente, ni responsable de la vida total del continente y de su proceso histórico. La formidable fuerza creadora con que surge permite anunciar, sin osadía, que este va a ser, en la historia de la cultura, el siglo de la novela americana.

El tono conquistado para lo criollo desborda de lo anecdótico y de lo pintoresco, para ingresar a lo universal. Estamos empecinados en el más cabal conocimiento de la realidad americana, con un decidido propósito de superación estética universal.

De Atenea. Concepción, Chile.

De las Corrientes Literarias

Prólogo de una historia de la literatura española

Por Baldomero SANIN CANO

LA historia de un pueblo no es tanto la narración de los hechos por él llevados a cabo o en asocio de otras gentes, como la descripción de sus sentimientos, de las ideas en cuyo origen y desarrollo fué causa primera o colaborador manifiesto. Los hechos, los sucesos, las grandes hazañas tienen importancia en cuanto sirven para mostrar los nexos que ellos establecen entre un pueblo y sus ideas y sentimientos. No hay en la historia de un pueblo hechos aislados. Todos se relacionan no con el nexo arbitrario de causa y efecto, sino como signos de la vida espiritual de un pueblo. Los hechos tienen significado en la historia cuando el observador desprevénido puede hallar en ellos la

ley, el principio, el oculto lazo que liga a las ideas y sentimientos en los cuales se basa la vida espiritual de una sociedad, un pueblo o raza.

La verdadera historia de un pueblo es en efecto la historia de su literatura. En los anales literarios de una raza descubrimos sus anhelos, sus esperanzas, los padecimientos a que estuvo sujeta, sus triunfos y abdicaciones, sus grandes dolores y sus horas de placer o de mero esparcimiento. Poniéndonos en contacto con toda la literatura de un pueblo, le conocemos a fondo. No podríamos decir lo mismo si conociéramos tan sólo el paso de sus mandatarios por el escenario nacional, las batallas perdidas o ganadas, las conquistas de territorio o las humillaciones en la diplomacia. Los pueblos sin literatura apenas tienen historia. Cuando no hay libros sobre los cuales se pueda fundar un concepto acerca de la vida de un pueblo, de él se dice que pertenece a la leyenda o la prehistoria. Sin la obra de sus poetas, muchas naciones desaparecidas carecerían de ubicación en los anales del mundo. La *Iliada*, la Biblia, los Vedas, el Kalewala, los Nibelungos, el poema del Cid, la Divina Comedia, las canciones de gesta cuentan la historia de la civilización en un lenguaje más claro y en sentido más imparcial que las crónicas ordenadas por los reyes y escritas por áulicos a sueldo.

La rápida ojeada sobre las letras españolas desde sus comienzos hasta nuestros días pretende resumir en trescientas páginas las ideas, los sentimientos, los dolores y los placeres de una raza en el Sur occidental de Europa y en sus mezclas y derivaciones en el continente americano.

No se habla en estas páginas de los autores vivos, aunque haya sido grande su influencia sobre las letras de los últimos tiempos. De un lado se quiere evitar el escollo de herir con el mero contacto epidermis demasiado sensibles; de otro, el autor se ve obligado a reconocer el peligro que se corre dando una opinión con pretensión de histórica acerca de un literato en desarrollo natural o en voluntario silencio. Nada es mudable como el concepto del hombre acerca de la belleza en las ideas, en los sentimientos y en las formas. El autor de estas páginas, en su larga vida de observación y de análisis, ha tenido ocasión de rectificar en silencio sus opiniones acerca de obras y de ingenios cuya función literaria más parece una carrera de obstáculos que una ruta señalada por la lógica natural en el desenvolvimiento de las ideas. Se objetará que muchos autores desaparecidos cambiaron también en su paso por la existencia. Es cierto. Pero cuando su actividad ha cesado definitivamente, el historiador puede hacer el recuento de esos cambios, sin el temor de que una nueva transformación venga a invalidar sus emociones sobre la vida y la obra del hombre.

La empresa de reducir a trescientas páginas la historia de las obras literarias escritas en español en Europa y América, impone temor en los más

atrevidos. Es casi imposible guardar en la narración la exigente medida de las proporciones. Por lo que hace a la producción americana, es tan difícil recoger todos los datos necesarios para llegar a formarse concienzudamente una opinión honrada que, desde luego, el autor pide excusas por las inevitables omisiones que han de hallarse en la obra. No ofrece otra disculpa que su voluntad de justicia y de imparcialidad.

Algunos autores de obras análogas a la presente llevan a cabo su tarea con la voluntad de no dejar sin mención literaria alguno de importancia absoluta o relativa. Otros autores se esfuerzan por señalar en sus obras con uno o dos adjetivos a cuantas personas han escrito un libro, imaginado una historia, fantaseado y dado a luz un poema, perpetrado un ensayo o publicado un discurso. De esta manera más bien que una historia de las letras se le ofrece al público una voluminosa y seguramente muy útil guía de forasteros.

En otra parte hemos dicho que la cadena ideológica formada por las obras de quienes han pensado o sufrido en voz alta y formado de tal manera la literatura de un pueblo no puede juzgarse con el criterio de que se hace uso en mecánica para computar la fuerza de una cadena de metal. En este género de utensilios la fuerza se mide por el más débil de los eslabones. En la cadena literaria, la fuerza estriba en los eslabones más conspicuos, más nobles, más profundos, más cargados de pasión y de sentido humano. La historia de un pueblo y de un idioma es la biografía de unos pocos hombres y el análisis de unas cuantas obras. Toda la historia del romanticismo francés podría resumirse en la actividad mental de media docena de hombres, en la crítica de sus obras y en la descripción del ambiente intelectual en que se formaron y que ellos formaron a su tiempo. Un solo hombre a veces ilumina con sus ideas y sus anhelos, su actividad y su predicación, toda una época literaria con más claridad y, como dicen los geómetras, con mayor elegancia, que varios grupos o cenáculos. En la poesía y la crítica de Carducci, verbigracia, está contenida, en resumen o escorzo, toda la vida literaria y política del resurgimiento italiano y de la "tercera Italia".

Hay obras científicas de mérito literario y las hay literarias a las cuales se les atribuye también valor científico. Es difícil fijar un criterio preciso para decidir cuáles de estas y aquellas obras deben mencionarse en un libro de esta naturaleza y proporciones. Un ejemplo podría acaso señalar la facilidad de la confusión en esta materia. Las "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano", de Rufino J. Cuervo, son obra de carácter científico. No podrían dejar de mencionarse, porque tienen valor literario por la amenidad que el autor quiso darle a la exposición de principios científicos y, además, por la influencia que tal libro tuvo sobre la literatura de Hispanoamérica en la purificación del lenguaje.

Guiado por estas ideas, el presente escritor asume la arriesgada empresa de escribir para los contemporáneos la historia literaria del español en España y en América.

* * *

En el estudio de una literatura es condición preliminar el conocimiento de la lengua que le sirve originalmente de vehículo o de medio de expresión. No es posible llegar a poseer un conocimiento profundo de una literatura en traducciones por más literales o felices que se las suponga. Por lo tanto para llegar al fondo de las ideas, de los sentimientos, de las cuestiones de forma y de estilo envueltas en el estudio de la literatura española, es preciso conocer la lengua en toda su extensión y peculiaridades. Este conocimiento es preliminar y no corresponde impartirlo al historiador de la literatura; pero sí forma parte de este empeño dar algunas nociones sobre la historia de la lengua misma, cuya vitalidad crece o se amenigua según son más activos y brillantes o más lánguidos y opacos los períodos literarios.

El español, como todas las demás lenguas románicas (francesa, italiana, portuguesa, rumana, provenzal, catalana y romanche) es una derivación o transformación de la lengua popular hablada por los romanos al tiempo de la destrucción del imperio por las tribus venidas del Norte y del centro de Europa. Se han usado las palabras madre e hijo para designar la relación entre el idioma del Lacio y las lenguas románicas. La denominación es impropia porque en rigor no hay desprendimiento o separación entre la lengua llamada original y las otras, como el hijo en los organismos naturales se desprende de la madre. Las lenguas románicas no son otra cosa que el mismo latín transformado o deformado de diversas maneras bajo las influencias del ambiente, de la naturaleza de los pueblos conquistados por los romanos y de la índole de los idiomas con los cuales la lengua latina se puso en contacto.

El español por su fonética, por la abundancia de léxico latino, por la conjugación y por algunos otros aspectos, es la más parecida de las románicas al idioma original. Abandonó las declinaciones latinas en el sustantivo y el adjetivo, las conservó en algunos pronombres personales y tomó las desinencias del acusativo o del hablativo para todos los casos (hombre, leche, de *hominem*, *lacte*). En la formación de las palabras castellanas de origen latino se distinguen las de origen erudito, las introducidas por clérigos o legistas y llamadas "cultas" o "sabias", de las formadas por el pueblo, conforme a la índole de la lengua hablada por ellos. Estas últimas se llaman populares. Las palabras terminadas en *ción* (acción, concepción, son casi siempre eruditas: *actionem*, *conceptionem*); las terminadas en *zón* fueron formadas por el pueblo (razón, *rationem*, sazón, *sationem*). De una misma palabra latina suelen surgir dos en caste-

llano: una de origen erudito y otra de naturaleza popular. De *lucrum* se formaron lucro (erudita) con significado de ganancia o provecho, y logro (popular), que significa obtención, el acto de conseguir una cosa. Como suele ocurrir a veces, en las vicisitudes del significado de las palabras "lucro" y "logro", han acabado por usarse, en algunos casos, indiferentemente.

Al tesoro de la lengua castellana pertenecen también unas pocas palabras de origen gótico venidas a formar parte del uso diario entre las gentes latinas y españolas, a causa del trato con los bárbaros del Norte y de las guerras sostenidas con esos pueblos. La mayor parte de tales acreciones al vocabulario románico son palabras de significado referente a la milicia o a la casa. Espuela (de *sporo*), yelmo (helm), brida (britil).

En los siete siglos de dominación árabe, la lengua de los dominadores influyó sobre la española, agregándole una multitud de palabras casi todas representativas de objetos usuales en la vida cotidiana, en la agricultura y el comercio, en su mayor parte sustantivos: alfalfa, alhucema, aceite, acequia, alforja, retama, zahorí son de origen árabe. La preposición "hasta" es de origen árabe y la interjección "ojalá", equivalente a "quíralo Alá", es la única frase de su idioma que impusieron los árabes en los siglos en que ocuparon la Península. La estructura del español permaneció fiel a la calidad latina en todos sus aspectos.

Hay también en español voces usuales de origen griego y de uso popular, como jinete, díscolo, yermo, nema (sello) y restos del idioma que hablaban los iberos al tiempo de la conquista romana. De esta lengua, llamada vasca, proceden ama (dueña), ardite, ganzúa, modorra, zanahoria y algunas otras.

De ninguna de estas lenguas (el germánico, el árabe, el vasco, el griego) hay en la estructura o gramática del español señal alguna. A pesar de las variadas influencias a que fué sometida, lo cual es causa de la oscuridad que suele ocurrir en la etimología de muchas de sus palabras, el idioma continuó y continúa siendo latín, como es su índole.

A más de las palabras griegas de uso común y de origen popular ya mencionadas, hay en español una innumerable cantidad de términos técnicos formados para uso de las ciencias, las artes, la filosofía y la industria como *técnico*, *policromo*, *epistemología*, *agronómico*.

Es de necesidad advertir que al fijar el origen de las palabras debe tenerse en cuenta que muchas de ellas, claramente originarias del latín, del griego o del gótico, la lengua española las ha tomado ya formadas de otros idiomas en los tiempos modernos. *Analfabeta* o *analfabeto*, por ejemplo, de cepa manifiestamente griega, ha sido aceptada por el diccionario de la Academia Española, en aceptación del uso que de ella hicieron escritores americanos y españoles, tomándola del italiano.

De Revista de las Indias. Bogotá.